

N.º 33

25cts

A TORTAZO LIMPIO

por PATSY RUTH MILLER



BIBLIOTECA EMOCIÓN
PUBLICACION SEMANAL

LEHRMAN, Henry

BIBLIOTECA EMOCIÓN

A TORTAZO LIMPIO

(THE FIGHTING EDGE, 1926)

Versión novelesca de la película de igual
título, interpretada por la famosa artista

PATSY RUTH MILLER
i KENNETH HARLAN



EDICIÓN WARNER BROS
PROGRAMA "EMPIRE" VERDAGUER
Consejo de Ciento, 290 : Barcelona



REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
PARÍS, 204 : BARCELONA

BIBLIOTECA MUNICIPAL

A TORTAZO LIMPIO

LEONARD STANLEY MILLER

LIBRERIA EDITORIAL BRUGUERA

EDICIONES A. BRUGUERA, S. A.
CALLE ENRIQUE GRANADOS, 111
TELÉFONO 6-1041 BARCELONA



TIPOGRAFIA LA ACADÉMICA
HEREDEROS DE SERRA Y RUSSELL
CALLE ENRIQUE GRANADOS, 111
TELÉFONO 6-1041 BARCELONA

A TORTAZO LIMPIO

PERSONAJES

| | |
|---------------------|--------------------|
| Juan de Dios Rourke | Kenneth Harlan |
| Betty Joyce | Patsy Ruth Miller |
| Dick Bayli | Lewis Harvey |
| Gillette | David Kyrby |
| El inspector Joyce | William A. Carroll |
| Chuck | Charles Conklin |

Época actual. En la frontera de Méjico y los Estados Unidos de Norte América

TIPOGRAFÍA LA ACADEMIA

HEREDEROS DE SERRA Y R.

CALLE ENRIQUE GRANADO

TELEFOND 6 - 1041 BAB

A TORTAZO LIMPIO

PERSONAJES

| | |
|----------------------|---------------------------|
| Juan de Dios Rourke. | <i>Kenneth Harlan</i> |
| Betty Joyce. | <i>Patsy Ruth Miller</i> |
| Dick Bayli. | <i>Lewis Harvey</i> |
| Gillette. | <i>David Kyrby</i> |
| El inspector Joyce. | <i>William A. Carroll</i> |
| Chuck. | <i>Charles Conklin</i> |

Época actual. En la frontera de Méjico y los Estados Unidos de Norte América

En la línea divisoria de las dos naciones se hallan siempre arma al brazo importantes patrullas de una y otra nación por ser frecuentes las incursiones de bandidos mejicanos en la zona fronteriza, partidas que consuma facilidad tratan de entrar en los territorios de la Unión.

De ahí que los dos gobiernos estén por igual interesados en evitar : el uno por temor a su propia seguridad y el otro porque no está dispuesto a pagar las indemnizaciones que luego exigen los americanos bajo cualquier pretexto de indemnización, reparaciones, etc.

Pero uno de los motivos, el más importante para los Estados Unidos, es el contrabando de carne humana, que viola las leyes que tiene establecidas para la inmigración, muy restringidas por cierto. En el momento en que empieza nuestra narración los guardias americanos de la frontera están sobre aviso, porque se les ha comunicado que se trataba de introducir una partida de chinos clandestinamente. Además de este dato, de la mayor importancia para ellos, les preocupa

grandemente a las autoridades fronterizas americanas la desaparición de uno de los mejores funcionarios con que contaban. El inspector Joyce, desaparecido y que ellos suponen en poder de los contrabandistas mejicanos que tienen su campo de acción por aquellos lugares. El inspector Joyce siempre se había distinguido por su celo en estropear muchos de los planes de los contrabandistas y éstos tenían por él un odio jurado, que sólo esperaba la ocasión de manifestarse en toda su残酷.

Dick Bayli, uno de los mejores sabuesos al servicio de los Estados Unidos, está esperando el paso de un automóvil que debe ser el que preceda la maniobra de contrabando. Está enterado de que en el auto debe viajar un caballero de mediana edad y una señora, y con los prismáticos avizora la blanca cinta de la carretera que serpentea hasta las primeras líneas fronterizas. Mientras en esta operación se halla recibe una carta de sus superiores, concebida en estos términos :

«Señor Inspector Bayli :

El inspector Joyce, desaparecido hace unos días, seguramente ha sido víctima de los bandidos que merodean en las cercanías de la frontera. Pida usted auxilio al guardia O'Rourke que trabaja por nuestra cuenta del otro lado de la frontera mejicana y nadie como él para poder esclarecer este tenebroso

asunto que nos priva de uno de nuestros mejores servidores.

Saludos de su comandante,

MILKENS BRADY. »

Guárdase la carta Bayli y sigue escrutando los caminos y las crestas de las montañas esperando ver aparecer el automóvil sospechoso, pero éste no se presenta aún por parte alguna de los mil senderos de él conocidos que conducen al otro lado de la frontera, sin necesidad de pasaporte. Mientras está ocupado en estos menesteres, nosotros atravesaremos en un vuelo imaginativo la frontera y nos plantaremos en tierra americana para tratar conocimiento con uno de los principales actores de esta novelita. Se trata de Juan de Dios Rourke, el valeroso ayudante de los Estados Unidos en tierra mejicana. Juan de Dios es de origen español, y por su valor e inteligencia y por su conocimiento del idioma ha sido encargado de verificar pesquisas sin despertar sospechas.

Su indumentaria mejicana y el gracejo con que habla el idioma castellano le han valido tan honroso cargo, que le produce un buen sueldo y le merece la mayor consideración de sus jefes, a los que lleva prestados ya muy valiosos servicios. Juan de Dios recorre a caballo la parte más peligrosa de la frontera y verdaderamente que es digno de su fama de valiente, pues siempre



El fingido accidente de Betty

se le ve solo en los lugares más propicios a una emboscada. La preocupación que invade su espíritu es actualmente la de encontrar aún con vida al inspector de emigración americano Joyce, que se supone en poder de los contrabandistas mejicanos dedicados a la tarea (bastante productiva) de hacer penetrar súbditos extranjeros en el territorio de la Unión, ahorrándose el impuesto que fija como derecho de entrada el gobierno.

Mientras Juan de Dios continúa sus pesquisas visitando caseríos y cabañas y conversando con los naturales del país, en la

frontera tiene lugar un zafarrancho de mil demonios. El auto que estaban aguardando se presenta al fin y es detenido, descubriéndose que, efectivamente, en la parte trasera del coche y en el lugar destinado al equipaje estaba perfectamente oculto y disimulado un chino que trataba de colarse. Mientras Bayli pide auxilio a sus compañeros el auto emprende nuevamente la marcha y desaparece, trabándose entonces entre los guardias del resguardo y los ocupantes del auto un nutrido tiroteo en el que incluso intervienen las ametralladoras, una de las cuales logra segar con sus rápidos y continuos disparos uno de los árboles del camino que cae atravesado obstruyéndolo, siendo entonces posible el apresar al contrabandista.

La noticia de que uno de los suyos ha caído en poder de la policía fronteriza americana llega hasta la guarida de los contrabandistas, donde vamos a penetrar entablando conocimiento con Gillette, personaje siniestro que es el alma directiva de aquella organización con Strigger, un americano renegado que por dinero hace traición a su patria y el chispeante cocinero Chuck, alma cándida que sirve a los bandidos a la fuerza y por temor a que si intenta escapar y no lo logra, se lo merienden a él, en sus propias salsas condimentado.

Strigger, que estaba de vigilancia desde



Los contrabandistas sospechan de Betty

un observatorio perfectamente disimulado, llega con la noticia desconsoladora.

— Uno de los nuestros que llevaba en su coche a un chinito de calidad, que había pagado una fuerte suma por entrar en el país de Lincoln, ha sido detenido.

— ¿Es cierto? — preguntó Gillette, el jefe.

— Tan cierto como que hemos perdido auto, dinero y al compañero más listo de la banda.

— ¿Entonces será que sospechan ya a estas horas de nosotros?

— No lo sé, pero de averiguación en averiguación pueden llegar a la consecuencia de que somos nosotros los que retenemos secuestrado a Joyce y entonces sí que estamos irremisiblemente perdidos.

— Pues yo, como jefe, os recomiendo mucha prudencia y procurar dar a nuestra casa aspecto inofensivo porque ahora mandarán agentes en todas direcciones para espiarnos.

— Podemos dar a nuestra organización un carácter comercial y demostrar que estamos estudiando el mercado.

— Eso es; y el más impenetrable silencio sobre asuntos que no sean escuetamente comerciales.

— Esto significa que cuando íbamos a lograr buenos ingresos metiendo en los Estados Unidos varios centenares de chinos a cien dólares por cabeza... se nos corta el negocio.

— Lo que es una lástima porque los chinos no se iban a agotar jamás...

— Eso habrá pensado el gobierno de los Estados Unidos al prohibir su entrada en el país.

— Paciencia y mucha serenidad para no comprometernos con un acto que demuestre nuestra temeridad... Ya veremos cómo nos conviene más obrar, si con la estuicia o con la violencia.

— Con la violencia — dijo Strigger, que gozaba fama de ser un excelente tirador.



Y Gillette la autoriza a pasar allí una sola noche...

— Con la astucia combatiremos mejor — dijo Gillette, el jefe, dando prueba de su sagacidad.

En estas discusiones estaban los que formaban la pandilla de los contrabandistas cuando una joven de gran belleza, pilotando un auto de modelo antiguo pero que tiraba perfectamente a juzgar por la velocidad que la joven lograba imprimirle, pasó junto a nuestro héroe.

Juan de Dios Rourke, al ver aquel vehículo y la joven que lo conducía, pensó que algo extraordinario debía obligarla a cruzar la frontera desafiando los peligros que por

aquellos parajes asediaban a quien se atrevía a trasponerlos.

La joven observó por su parte que Juan de Dios la seguía, y dispuesta como estaba a que nadie se metiera en sus asuntos, forzó la marcha del coche, dando también rienda suelta a su vigoroso caballo el simpático Juan de Dios. Vamos de una vez a decir a nuestros lectores quién era la joven y los motivos que tenía para cruzar sola aquellos parajes.

Era la joven Betty hija del inspector Joyce, que había sido secuestrado por los contrabandistas y que había decidido, en un arranque de valor, hacer ella por su cuenta las pesquisas necesarias para dar con el paradero de su padre y enterarse de la suerte que había corrido en cumplimiento de su deber... Ahora que ya sabemos de quién se trata, veamos cómo logra Juan de Dios detener su carrera desenfrenada, pero antes de que ni siquiera ponga en práctica plan alguno estalla uno de los neumáticos del coche de la joven, y ésta, que por la proximidad de Juan de Dios supone que la explosión es un disparo que la ha hecho el joven para que se detenga, para el coche y levanta los brazos en señal de rendirse.

Juan de Dios apenas puede contener la carcajada y la dice :

— Cálmese, señorita ; no soy un atracador que la ya a exigir el dinero... Lo ocurrido es,



La chimenea ocultaba un pasadizo

sencillamente, que una de las gomas ha estallado.

— ¡Ay, joven, qué susto tan mayúsculo me había usted dado! Perdone si le he tomado por un salteador...

— Voy a demostrarle a usted todo lo contrario ; déme una goma de recambio y le cambiaré el neumático para que no dude acerca de mis buenas intenciones.

— Con mucho gusto, amable joven.

Así lo hizo la joven, y Juan de Dios, echando pie a tierra, empezó a demostrarle que, si bien era un excelente jinete tampoco

desconocía los más elementales principios de la mecánica y las reparaciones de « panes ».

En un santiamén desmontó la rueda, aplicó el nuevo neumático y lo volvió a colocar, quedando admirada la joven de la prontitud y esmero con que lo había hecho. Dióle las gracias, y a los pocos minutos ya había desaparecido la joven envuelta en una densa nube de polvo que la ocultaba por completo.

Cuando con la vista ya no podía seguirla Juan de Dios siguió examinándola con unos prismáticos, hasta que se dió cuenta de que el rúinbo que tomaba la joven era el que conducía al rancho llamado de « Los niños perdidos ».

Minutos después y cuando se hallaba ya la joven cerca del rancho « Los niños perdidos », que había sido elegido como residencia de la pandilla que acaudilla Gillette, sobrevino un accidente a causa del cual volcó el auto ocupado por Betty, sin que ésta sufriera el menor daño. Parecía como si la joven hubiera provocado el vuelco para poder introducirse en la guarida de los contrabandistas.

Estos, que desde su guarida, o sea desde el rancho, vieron cómo ocurría el accidente, se lanzaron inmediatamente a ver qué es lo que había sido de los que ocupaban el coche, dándose cuenta de que la joven había

resultado ilesa ; pero desconfiando siempre de que alguien hubiera ideado aquella treta para espiarles, la trasladaron a la hacienda con ánimo de sonsacarla algunos datos.

Mas se ve que Betty no era tan tonta como alguien podía suponer, pues había recurrido a un ingenioso ardid para pasar desapercibida... Aun cuando tenía una preciosa voz y de ello podía dar buen testimonio Juan de Dios, que aun recordaba embelesado su puro acento, fingióse muda y en un papel escribió :

« Soy sordomuda. He sufrido un accidente cuando me dirigía a visitar a una amiga. »

La lectura del papel dió cierta tranquilidad a los contrabandistas, que juzgáronse seguros, pues ni podía oír la intrusa sus conversaciones ni podía referirla, dando así datos a la policía. Pero a pesar de todo decidieron vigilarla estrechamente. Por de pronto y como primera prueba dispararon a su espalda un revólver, pero la joven tuvo la suficiente fuerza de voluntad para fingir que no lo había oido. Esta prueba les tranquilizó definitivamente y la dieron alojamiento en el rancho para pasar la noche, pero con la condición de que al día siguiente debía emprender de nuevo el viaje.

Betty se alegró de poder hallarse en el antró de los que ella suponía raptóres de su padre, y en verdad que no se equivocaba. En el más oscuro de los cuartos subterráneos

del rancho se hallaba el padre de la joven con los vestidos medio destrozados y atacado de una especie de idiotez que le había producido la insuficiencia de los alimentos y la ya larga temporada que había pasado en aquella lóbrega prisión.

El destino pues, y sin que ellos lo sospecharan, había colocado casi bajo el mismo techo al padre y a la valerosa hija, que iba en su busca.

Mientras Betty, desde su cuarto, podía ver algo de lo que hacían los contrabandistas, llegó al rancho Juan de Dios, que pidió igualmente alojamiento. La estratagema de que se valió Juan de Dios merece ser referida. Mientras se hallaba al comienzo del camino que tomó Betty, vió cómo un hombre, de aspecto mejicano, cruzaba por entre el bosque, llevando montados en un burro a dos chinitos. Rápidamente se le echó encima el sujeto y amordazó, y apoderándose de sus documentos se presentó en el rancho de «Los niños perdidos», por ser ésta la dirección que llevaba la carta que quitó al contrabandista.

Cuando Betty menos lo esperaba, se encontró con que la miraban todos con cierta desconfianza. Tal vez los bandidos sospechaban que la llegada de Juan de Dios y de la joven tenía entre sí cierta analogía y estaban sobre aviso. Al pagar Juan de Dios con un billete que le dió Betty por haber cam-



Un hombre al que se recibió como amigo, ha resultado un traidor

biado el neumático, observaron que despedía el mismo perfume que los que habían en contrato en poder de la joven y este detalle acabó de confirmar sus sospechas.

Grande fué la sorpresa de Betty al hallarse con el joven que se había cruzado en la carretera. Pero temiendo que éste, sin dar importancia a sus palabras, la comprometiera, le advirtió por medio de un papel que se hacía pasar por sordomuda. Juan de Dios dióla a entender que estaba perfectamente de acuerdo y desapareció por el corredor de paso hacia la cocina. No podía haber tenido

mejor idea, pues al llegar a ella vió a un viejo amigo con el que juntos habían corrido las penas y glorias de la vida de trincheras en los campos de Francia, azotados por la metralla de los obuses alemanes.

— ¡Hola, Chuck! ¿Tú por aquí? ¿Y qué me cuentas de nuevo?

— Ahí me tienes sirviendo a esos bandidos... Pero cuidado, que siempre andan espiándome.

— ¿Puedo contar con tu ayuda? — dijo Juan de Dios.

— Sí, — le replicó Chuck, — pero no des a entender que nos conocemos porque entonces lo que conseguiremos será empeorar la situación, sin gran beneficio para ninguno de los dos.

— ¿Pero estoy seguro aquí?

— Ca, Juan de Dios; aquí cada noche asesinan a uno y hoy no sé a quién le tocará la negra.

— ¡Caramba, vaya un vermut! ¡Ya ni me llega la camisa al cuerpo!

— Suerte que tú eres valiente: aun me acuerdo de varias acciones de guerra en que habíamos tomado parte.

— Sí, pero dime: ¿a qué habrá venido esa joven?

— No lo sé, y en verdad que estoy extrañado de que ella por sí misma se haya metido en la boca del lobo.

— No fué ella — dijo Chuck. — Se le

volcó el auto y aquí la recogimos; pero si no se marcha pronto no respondo de su piel.

Suspendióse la conversación al ver que llegaban por el corredor dos individuos de la banda, cuya conversación parecía muy animada.

Juan de Dios se situó convenientemente para no perder una sílaba, mientras Chuck se dirigía a la cocina como alma que lleva el diablo.

Decía uno de los bandidos al otro:

— No sé por qué nuestro jefe Gillette se empeña en conservar vivo al inspector Joyce.

Ya tenía lo suficiente Juan de Dios, que, como el lector recordará, estaba encargado de efectuar pesquisas relacionadas con la desaparición de Joyce. Como la situación era comprometida se escurrió por una ventana, dando ya por bastante sabido con lo esencial; es decir, que Joyce estaba allí y vivo además.

Al pasar de nuevo por delante de la cocina llamó a Chuck y le pidió más datos.

— Ya verás: yo no puedo hablar mucho, porque me siento un puñal en el cuello si se aperciben de que te doy datos.

— Habla sin miedo; ya sabes que yo y mi revólver estamos prontos a protegerte.

— Pues te diré: abajo en los sótanos hay una puertecita secreta que debe ser la clave del misterio. Seguramente que allí está encerrado alguien que les estorbaba.

— Bien, ya tengo bastante. Yo por mi parte seguiré haciendo averiguaciones más directas.

— Creo que por la chimenea que hay instalada en el salón principal también se puede llegar fácilmente a los sótanos.

Mientras se hallaba Juan de Dios interesado en hacer más averiguaciones, llegó, sin darse cuenta, al aposento de la joven, y ésta, prevenida ya de la proximidad del desconocido, le esperó revólver en mano.

Juan de Dios sintió al deslizarse por el aposento sumido en la obscuridad que el cañón de un revólver se posaba en su sien. Volvióse, vió a la joven, y sin inmutarse dijo:

— Dispare, señorita, cuando guste.

— Si supiera que pertenece usted a la cuadrilla de esos bandidos dispararía.

— También yo quisiera saber quién es usted y qué es lo que hace aquí — dijo Juan de Dios a la joven.

— Quién soy — dijo ella — no le interesa a usted. Sepa solamente que me hallo aquí a impulsos de mi corazón.

— ¿Del corazón? — dijo riendo Juan de Dios. — Algún amor acaso que anda usted persiguiendo con el revólver en la mano.

— Sí, amor; pero es un amigo el que está en peligro — dijo ella, y añadió con emoción:

— Alguien a quien se ama más que a un novio, más que a la vida misma.

— También a mí el amor por un amigo me



La lucha entre Betty y los contrabandistas

obliga a correr algunos peligros — dijo Juan de Dios.

— Entonces nuestras misiones se asemejan. No volveré a meterme en sus asuntos, joven, a no ser que vea en usted alguna maniobra sospechosa.

— Nada tendrá usted que hacer contra mí. Tal vez podríamos ayudarnos.

En este punto tan interesante de la conversación y cuando ya parecía que entre los dos (que antes desconfiaban mutuamente) se iba a establecer un acuerdo, la presencia de dos de los bandidos puso fin a la conversación. Betty siguió fingiendo por señas que

no entendía lo que la decía Juan de Dios y éste dijo como para sus adentros, pero lo suficientemente alto para que lo oyieran los bandidos :

— ¡Al diablo con la muda! ¡Cualquiera sabe lo que dice!

No obstante, los dos bandidos participaron a su jefe Gillette lo que acaban de ver y éste dijo a su lugarteniente Strigger :

— Me parece que estos dos pájaros no se han caído del nido, y si revolotean por ahí es para saber algo acerca del paradero del agente Joyce y esto me da mala espina.

— Entonces — dijo el malvado Strigger — tengo mi plan, que dará el resultado apetecido.

— Explánalo para que yo pueda dar mi aprobación.

— Sencillamente — dijo Strigger. — Mandamos comparecer a presencia de la joven sordomuda y de ese sospechoso al inspector Joyce. Si dan señal en algún gesto de que se conocen, los hombres que estarán preparados y ocultos detrás de ellos los acribillarán a balazos y tendremos la evidencia, para nuestra tranquilidad, de que hemos quitado de en medio a dos espías del gobierno que trataban de sorprendernos.

— Magnífica idea — exclamó Gillette. — Vamos a ponerla en práctica inmediatamente.

En efecto ; momentos después Betty y

Juan de Dios eran llamados a presencia de Gillette, quien les habló de cosas indiferentes mientras Joyce, el pobre inspector, era sacado a viva fuerza de su encierro, donde apenas penetraba la luz del sol, para ser llevado igualmente a presencia de Gillette y de Strigger. Cuando por la puerta secreta apareció el pobre inspector medio desfallecido y en tan lastimoso estado como es de suponer después de su largo cautiverio, todas las miradas convergieron hacia Betty y Juan de Dios, que permanecieron impasibles y fingieron a las mil maravillas no reconocer al policía víctima de su deber, que tenía un aspecto feroz. El careo era de un efecto fantástico. La luz de las lámparas de sobremesa daba a las caras unos tintes de mortal pálidez.

Algo debió de notar Gillette, cuando alzándose trabajosamente de su sillón, dijo mirando fijamente a Juan de Dios y a Betty :

— Digan ustedes : ¿qué harían con un hombre que se ha introducido en nuestra asociación cobardemente y al que se ha tratado como un amigo y luego ha resultado ser un espía?

Juan de Dios no contestó, pero comprendió que la situación era en extremo comprometida para él. Sin embargo Strigger, centrándole los ojos de rabia, dijo ferozmente :

— El caso está fuera de toda discusión.

El castigo que debe merecer el traidor es una bala recta al corazón.

— Pues bien — dijo Gillette. — Entre nosotros hay un espía que a sí mismo se ha traicionado.

Betty, que asistía al careo, se hallaba intencionadamente junto a una de las lámparas de petróleo que iluminaban la estancia y que estaba colocada en la mesa a la que se había sentado Gillette. El momento era decisivo. Los hombres de Gillette apuntaban con sus rifles a Juan de Dios y al padre de Betty, esperando solamente que Gillette les diese la orden de disparar. Se presentía la tragedia, y en una mirada Joyce, que no esperaba piedad de sus opresores, ya se despedía de su hija. También Juan de Dios comprendía que su fin había llegado y miraba a Betty con infinita tristeza como si presintiera que al lado de ella le esperaba una dicha de la que la muerte le impedía gozar. En aquellos breves pero terribles instantes, entreveía aún la posibilidad de ser feliz. Durante toda su vida las mujeres le habían sido indiferentes, y extrañado se preguntaba a qué obedecía el que Betty hubiera en tan breve espacio de tiempo penetrado tan adentro en su corazón de hombre joven y que en realidad nunca había amado todavía. Pero la necesidad de hacer algo por salvarse, tal vez por la influencia misma de la mirada suplicante de Betty, se le iba adentrando



Los chinos que confiaban entrar sin pagar derechos

en el alma. Morir tan joven le parecía una injusticia y una estupidez, mayormente cayendo en poder de aquellos malvados. Era preciso, pues, reaccionar rápidamente salvando la vida y prestando un servicio a la justicia, librándose de un ridículo al ser vencido, él que tantas veces había burlado a los más peligrosos criminales del orbe, que se habían dado siempre cita en las fronteras de Méjico y los Estados Unidos.

Betty le miraba como suplicando. Pasaban los segundos con aterradora lentitud. Cada instante parecía un siglo. Los hombres de

Gillette oprimían ya el gatillo esperando que éste les diera la señal definitiva de disparar. Juan de Dios hizo una seña a Betty indicándola muy disimuladamente que, sin moverse de su sitio y con un movimiento del codo, volcara la lámpara que más inmediata estaba a Gillette.

Esta comprendió la indicación, y cuando éste iba a agitar el brazo dando a sus subordinados la orden de fuego, dió un codazo a la lámpara que cayó al suelo derramándose el petróleo y produciendo llamas amenazadoras. Gillette procuró ponerse en salvo trabajosamente a causa de su cojera y entonces Juan de Dios, aprovechando el barullo que el conato de incendio había producido, saltó sobre el más cercano de sus guardianes, desarmándolo.

Por su parte Betty y su padre no se quedaron cortos, y al generalizarse la lucha buenos servicios prestó el cocinero, que por su antigua amistad con Juan de Dios batalló con él, dando golpes a diestro y siniestro y poniendo en fuga a los bandidos. Pero acudieron otros contrabandistas, y gracias a que Juan de Dios llegó a tiempo de telefonear pidiendo refuerzos pudo mantenerse la lucha en condiciones iguales. La policía, en doble fila y revólver en mano, copó a los contrabandistas llevándoselos detenidos y también con ellos una serie de chinos que habían logrado penetrar casi en territorio de los Es-

tados Unidos. El cocinero halló la forma de lucirse, pues gracias a su ingenio hizo caer prisioneros a todo un camión de inmigrantes chinos a los que prometió hacer pasar la frontera, pero en realidad los llevó a la estación de policía más cercana no sin correr grave peligro, pues tenía de chófer escasas nociones y se le rompieron los frenos, viéndose en inminente peligro de estrellarse él y su amarilla carga.

Las peripecias cómicas de Chuck fueron por fin coronadas por el éxito, y en atención al buen servicio prestado se le perdonó su convivencia forzada con los bandidos, que le obligaban a que les prestara sus servicios de cocinero.

* * *

Mientras los contrabandistas pasaban a saldar sus cuentas con la justicia, Juan de Dios, Betty y su padre se hallaban ya en salvo y en el mismo auto que les había conducido camino de la liberación, y gracias a cuya celeridad pudieron pedir auxilio en tiempo hábil para que llegara a tiempo, conversaban sobre las incidencias de la lucha y la crueldad de que al pobre inspector habían hecho objeto los contrabandistas durante su cautiverio.

Juan de Dios explanó entonces que, trabajando él también por cuenta del gobierno

norteamericano pero en la parte mejicana de la frontera, había recibido instrucciones de que averiguara el paradero de Joyce, lo que inmediatamente trató de conseguir tratabando casualmente conocimiento con Betty Joyce, su hija, lo que le animó a desafiar los mayores peligros, pues al momento comprendió que la joven trataba también de saber dónde había sido encarcelado el inspector Joyce.

Joyce no cabía en sí de gozo y su alma rebosaba de agradecimiento, pero habiendo sorprendido una sonrisa de inteligencia entre su hija y el bravo agente Juan de Dios, les dijo :

— Yo me marcho a cambiarme de ropa, asearme, afeitarme y tomar un aspecto que borre mi parecido con el hombre de las cavernas.

Y luego, llamando aparte a Juan de Dios, le dijo :

— Como buen español te has portado heroicamente. No sé cómo agradecerte tu generoso proceder. Tal vez mi hija con su amor, que creo has conquistado por tu gallardía, pueda recompensarte.

* * *

Cuando quedaron solos Juan de Dios y Betty la joven sintió que sus mejillas se incendiaban y que una dulce inquietud la



Entre mil peligros, lograron reunirse Joyce, su hija Betty y Juan de Dios

invadía. Su corazón latía con violencia y sentía esa desazón que experimentan las jóvenes cuando presienten que el hombre por ellas elegido va a pedirles la flor de su amor.

No se equivocaba Betty. Juan de Dios se aproximó a ella como si quisiera quemarla con el aliento de fuego de sus labios y la dijo :

— Betty : algo más bello que el cumplimiento del deber y que el salvar de la muerte a un querido compañero, me ha impulsado a correr tantos peligros... No creo sea necesario que diga más... La amo a usted y es-

Pero que esos labios, que tan bien han sabido fingir la mudez, pronunciarán un sí alentador al preguntarla yo : ¿quiere usted ser mi esposa?

Betty no contestó porque la mujer huye siempre de declararse vencida, pero en el palpitar de su seno y en la actitud de su persona toda, que un lánguido semidesmayo dejaba vagar el alma hacia él más allá de la inconsciencia, adivinó Juan de Dios la respuesta.

Sólo le faltaba una confirmación, y aproximó su boca de hombre enamorado sediento de amor y besos y la aplicó con lento y fogo gesto en los labios de Betty, que se cerraron con ansia aprisionándolos... ebria de sentirse amada por todo un hombre.

Y si bien Juan de Dios había sabido ganarse el aprecio de sus jefes combatiendo a tortazo limpio, ahora sus brazos se plegaban dulcemente para estrechar contra su corazón la delicada muñeca que iba a ser la compañera de su vida.

F'N

EL AMOR EN VERSO

POESIAS PARA POSTALES
para ellas, para ellos y para todos

Discretos, declaraciones, confirmaciones, esperanzas, realidades, pesadumbres, alegrías
:: :: rencores y celos :: ::

Felicitaciones de Santo, cum-
:: :: pleños y año nuevo :: ::

por

DIEGO DE MARCILLA



Es un elegante tomo de noventa y seis páginas en rico papel

CUBIERTAS ARTÍSTICAS EN TRICOLOR

Cada tomo: UNA peseta

BIBLIOTECA PERLA

TOMOS PUBLICADOS

- 1 LA LLAMA DEL AMOR, por Pauline Frederick.
- 2 JURAMENTO OLVIDADO, por M. Kid y M. Varkon.
- 3 LO QUE CUESTA EL PLACER, por Virginia Vall.
- 4 AMBICIÓN CIEGA, por Eleanor Boardman.
- 5 Y ESTO ES EL MATRIMONIO?, por E. Boardman.
- 6 CON LA MEJOR INTENCIÓN, por C. Talmadge.
- 7 UN MENSAJE DE ULTIMA HORA, por G. Hulette.
- 8 SOMBRAS DE LA NOCHE, por Madge Bellamy.
- 9 EL PREMIO DE BELLEZA, por Viola Dana.
- 10 LA LEY SE IMPONE, por A. Hall y M. Palmieri.
- 11 DESOLACIÓN, por George O'Brien.
- 12 SUBLIME BELLEZA, por Andrey Munzon.
- 13 CASADO CON DOS MUJERES, por Alma Rubens.
- 14 EL DESTINO DE LOS HIJOS, por Henny Porten.
- 15 EL CABALLO DE HIERRO, por George O'Brien.
- 16 ALEJANDRITO EL MAGNO, por Marion Davies.
- 17 NINICHE, por Ossi Oswalda.
- 18 DESTINO..., por Isabellita Ruiz.
- 19 LA MÁSCARA Y EL ROSTRO, por M. de la Motte.
- 20 CARNE DE MAR, por George O'Brien.
- 21 ANA MARÍA, por Henny Porten.
- 22 EL HUÉRFANO DEL CIRCO, por I. Langlais.
- 23 CORAZÓN DE ACERO, por Rod La Rocque.
- 24 EL PRIMER AÑO, por Catalina Perry.
- 25 CORAZÓN INTRÉPIDO, por George O'Brien.
- 26 LA VIDA PARA EL AMOR, por Leatrice Joy.
- 27 LA REPRESA DE LA MUERTE, por George O'Brien.
- 28 SANDY, por Harrison Ford y Madge Bellamy.
- 29 HUELGA DE ESPOSAS, por J. Logan y E. Foxe.
- 30 SIBERIA, por Alma Rubens y Edmund Lowe.
- 31 EL NECIO, por Edmund Lowe.
- 32 FRIÓ FANTÁSTICO, por Lon Chaney y Mae Busch.
- 33 SALLY, LA HIJA DEL CIRCO, por Carol Dempster.
- 34 EL TESORO DE PLATA, por G. O'Brien y E. Dalgy.
- 35 LA CARAVANA DEL ORO, por A. Q. Nilson y L. Barrymore.
- 36 EL MURCIÉLAGO, por Jack Pickford.
- 37 EL SOLDADO DESCONOCIDO, por M. de la Motte.
- 38 OS DADOS ROJOS, por Rod La Rocque.
- 39 ORGULLO DE RAZA, por Corinne Griffitt.
- 40 EL GAVILÁN DE LOS MARES, por Milton Sills.
- 41 EL SUEÑO DE UN VALS, por Willy Fritsch.
- 42 TRES HOMBRES MALOS, por George O'Brien.
- 43 EL ÁGUILA AZUL, por George O'Brien.
- 44 CUANDO SE AMA, por M. de la Motte y Lionel Barrimore.
- 45 ¿POR QUÉ LAS JÓVENES REGRESAN A SU HOGAR?
- 46 EL BAILARÍN DE MI MUJER, por M. Corda y V. Varkony

PRECIO DE CADA TOMO: **60 CÉNTIMOS**